

Mi Verdadero Hogar

***‘Pues aquí no tenemos una ciudad
permanente...’***

(Hebreos 13:14 NVI)

Peter Walker

www.paraservirle.weebly.com

‘Jesús dijo, ‘En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas. Voy a prepararles un lugar. Y vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté.’

(Juan 14:1-3 NVI)

Introducción

Tu experiencia de 'hogar' aquí en la tierra es, en el mejor de los casos, una metáfora, y en el peor, una falsa impresión. En cualquier caso – en todos los casos– ningún hogar aquí en la tierra es tu *'verdadero hogar'*.

Tu verdadero hogar sólo está en el cielo. Está con Dios, tu Padre *bueno* y amoroso, tu Creador, y con Su pueblo. Tu verdadero hogar es eterno, cálido, seguro y lleno de Espíritu y vida. No más dolor, mancha, culpa, arrepentimiento, sufrimiento, lágrimas o muerte. Es para siempre.

Jesús dijo que Él era la *'puerta'* al cielo. Pasamos a través de Él en fe, al seguirlo, al camino seguro, divino, al cielo.

'Jesús dijo: 'Yo soy la puerta; el que entre por esta puerta, que soy yo, será salvo. Se moverá con entera libertad, y hallará pastos'. (Juan 10:9 NVI)

'Dios mismo estará con ellos y será su Dios. Él les enjugará toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor'. (Apocalipsis 21:3-4 NVI)

En este breve libro, hablaremos de nuestro 'verdadero hogar' con Dios: el cielo. Por medio del Espíritu de Cristo podemos anticipar el cielo aquí y ahora, en la tierra. Pero llegará un día en que realmente atravesaremos las puertas de la ciudad del cielo, en un cuerpo nuevo y un espíritu liberado, y viviremos allí para siempre.

1. **El Cielo Descendió**

Crecí en barcos. De niño, a partir de los 4 años, viví en barcos durante 4 años.

Lo más asombroso de la vida en un barco es la exposición a fuertes vientos, olas rompientes, extensiones de agua y cielo, aguas tranquilas y cristalinas, luz del sol por todas partes.

En raras ocasiones nadábamos fuera del barco. Bajaban una balsa al agua, la sujetaban con cuerdas, nadábamos y volvíamos a subir al barco.

Esta imagen de una cuerda desde un barco a una balsa, o más dramáticamente, desde un barco a una persona en el agua, es lo que me viene a la mente cuando pienso en el cielo descendiendo a la tierra. Pienso en que me lancen una cuerda –en atrapar una cuerda– cuando estoy en aguas peligrosas. Esa cuerda lo es todo. Te conecta con la seguridad y la garantiza. A lo largo de los momentos o minutos siguientes, estás cada vez más cerca de ser elevado hasta la seguridad *plena*.

Jesús –Dios mismo¹– descendió del cielo a la tierra para salvarnos. En cierto sentido, nos lanzó la cuerda. En un sentido aún más exacto, Jesús es la cuerda. Se zambulló en las aguas tormentosas y nos atrapó antes de que nos hundiéramos, y con Su fuerza y Su poder nos arrastró de vuelta a la orilla, a la seguridad. El cielo vino a la tierra en la persona de Jesús.

¹ Isaías 7:14, Mateo 1:23, Isaías 9:6-7, Juan 1:1-5,14

‘Jesús se rebajó voluntariamente, haciéndose semejante a los seres humanos...’ (Filipenses 2:7-8 NVI)

‘Extendiendo su mano desde lo alto, tomó la mía y me sacó del mar profundo.’ (2 Samuel 22:17 NVI)

Analizando un poco más esta analogía, cuando alguien en aguas tormentosas se agarra a una cuerda, su seguridad está garantizada. Aún se encuentra en las aguas, pero su seguridad está garantizada. Su vida está a salvo. Y cada minuto que pasa se acerca más a la experiencia de la seguridad plena.

Lo mismo ocurre con Jesús en nuestras vidas. Él sale a nuestro encuentro y nos salva la vida. Su Espíritu se derrama en nosotros y nos garantiza Su presencia. Sin embargo, todavía nos encontramos aquí en la tierra, en las aguas tormentosas, por así decirlo. Jesús vino a nosotros aquí, en la tormenta. Nos salvó aquí, en la tormenta. Estamos a salvo. Pero, por ahora, seguimos aquí, en la tormenta.

‘Jesús dijo, ‘En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo.’ (Juan 16:33 NVI)

Jesús está con nosotros aquí y ahora, en la tormenta. Estamos a salvo. Pero cada minuto que pasa nos acercamos más a la experiencia de la seguridad plena, a las orillas del cielo.

‘La senda de los justos se asemeja a los primeros albores de la aurora: su

esplendor va en aumento hasta que el día alcanza su plenitud. (Proverbios 4:18 NVI)

‘Ahora vemos de manera indirecta y velada, como en un espejo; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de manera imperfecta, pero entonces conoceré tal y como soy conocido.’ (1 Corintios 13:12 NVI)

‘Queridos hermanos, ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que habremos de ser. Sabemos, sin embargo, que cuando Cristo venga seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es.’ (1 Juan 3:2 NVI)

Permíteme compartir una experiencia mía en el océano que recuerda esto mismo: estar a salvo y seguro, pero aún en el agua.

Ya casado y con un hijo pequeño, mi mujer y yo nos reunimos con unos amigos en la playa. Hacía años que no nadaba y, sinceramente, no estaba ‘en forma’. Pero cuando vi las aguas y el cielo, me animé a nadar hasta una boya que vi flotando en la distancia.

La boya no parecía lejana. Me dispuse a nadar hacia ella. Cuando me sentí agotado, peligrosamente, la boya estaba más cerca de mí que la orilla. Así que pensé que alcanzar la boya al menos me daría algo a lo que agarrarme y descansar un rato.

Pero la cosa empeoró. Cuando llegué a la boya, las

aguas estaban un poco más agitadas, y la boya era realmente demasiado ancha, demasiado grande, para apoyarme o agarrarme cómodamente. Me ardían los hombros de cansancio. Podía ver a mi familia en la orilla, demasiado lejos para llamarla, porque el viento y el agua ensordecían cualquier sonido. El miedo se apoderó de mi corazón. Realmente pensé que no podría volver.

Oré. Decidí que tenía que nadar de espaldas hacia la orilla. Sin usar los brazos, sólo pataleando. Recuerdo que pensé que si el viento o la marea se adentraban en el mar, me arrastrarían. No tenía energías. Me impulsé de espaldas hacia la orilla, cerré los ojos y me limité a patlear lentamente. Por fortuna, pude ver que me estaba moviendo hacia la orilla, no alejándome de ella. Seguí avanzando.

Cuando recorrí un tercio de la distancia, ocurrió algo asombroso. Miré para ver dónde estaba. Al incorporarme durante un segundo, ¡sentí que mis pies tocaban la arena! Encontré una especie de banco de arena bajo el agua. Mis pies descansaron sobre la arena y mi corazón se inundó de alivio. Di gracias a Jesús. No me lo podía creer. Me puse de pie en el banco de arena y saludé a mi familia. Todo había cambiado en un instante.

Nota: Todavía estaba en el mar. Todavía tenía que nadar en aguas profundas. Pero fui *hallado* en el mar. Podía descansar. Ahora podía ver la orilla y sabía que llegaría. Aún no había llegado, pero estaba seguro. Completamente seguro. Salvado. A salvo.

***'Olvidando lo que queda atrás... sigo
avanzando hacia la meta... que Dios ofrece
mediante su llamamiento celestial en
Cristo Jesús.'*** (Filipenses 3:13-14 NVI)

2. **Anhelando el Cielo**

‘Abraham esperaba la ciudad de cimientos sólidos, de la cual Dios es arquitecto y constructor.’ (Hebreos 11:10 NVI)

Incluso los hombres y mujeres que eran cercanos a Dios aquí en la tierra, anhelaban el cielo. Miraban hacia la siguiente vida, la ciudad eterna, el mundo perfecto.

Está bien desear el cielo, mirar más allá de esta vida hacia la siguiente.

En la portada de este libro, puse este versículo:

‘Pues aquí no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la ciudad venidera.’ (Hebreos 13:14 NVI)

Buscamos la ciudad venidera. La ciudad que permanece. La ciudad sin crimen, sin miedo, sin presión, sin cuentas, sin arrepentimiento, sin vergüenzas ocultas, sin cansancio, inseguridad o soledad.

No importa cuán hermoso sea el paisaje urbano, como el de la portada, está inundado de pecado. Las personas cierran sus puertas, miran por encima del hombro, no salen en las noches, etc., etc.

¡Pero en el cielo, nuestro hogar próximo y definitivo, la ciudad tiene calles de oro y aguas cristalinas, comida gratuita y vinos fragantes!

‘Luego el ángel me mostró un río de agua de vida, claro como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero, y corría por el centro de la calle[a] principal de la ciudad. A cada lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce cosechas al año... Ya no habrá noche...’ (Apocalipsis 22:1-5 NVI)

‘¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed! ¡Vengan a comprar y a comer los que no tengan dinero! Vengan, compren vino y leche sin pago alguno.’ (Isaías 55:1 NVI)

3. ¡A salvo!

‘Torre inexpugnable es el nombre del Señor; a ella corren los justos [¡Tú!]¹ y se ponen a salvo.’ (Proverbios 18:10 NVI)

El hogar –un hogar ‘verdadero’, bueno– es un lugar seguro. No todos experimentamos eso aquí en la tierra, pero es lo que todo hogar debe ser. Así es tu verdadero hogar en el cielo. Es seguro hasta la médula. La paz es el aire allí, y Dios mismo es la Luz. Seguro en las habitaciones, en los pasillos, en los jardines. No habrá oscuridad. Nada más que luz y paz.

‘Ya no habrá noche; no necesitarán luz de lámpara ni de sol, porque el Señor Dios los alumbrará.’ (Apocalipsis 22:5 NVI)

He sido consciente de la profunda división que existe entre las personas en esta vida mortal. No pretendo ser deprimente, pero ten paciencia mientras reflexiono...

Realmente no hay ‘grupos’ aquí en la tierra. Simplemente, no existen. No hay naciones, ni clubes, ni fraternidades, ni hermandades, ni siquiera lazos familiares... No me malinterpretes, sí, existen estas cosas. Pero son hechas por hombres y mujeres, y tan confiables, por lo tanto, como los hombres y las mujeres.

¹ En este versículo, ‘justo’ no se refiere a la gente ‘buena’, sino a los que se acercan a Dios, que creen y siguen a Jesús.

Los propios hermanos de Jesús le negaron¹. Y fíjate en lo que hizo Jesús cuando los que sí creían en Él quisieron crear algún tipo de movimiento a Su alrededor, unirse y formar un club:

‘Jesús no les creía porque los conocía a todos... él conocía el interior del ser humano.’ (Juan 2:24-25 NVI)

Jesús amaba a las personas. Hizo un grupo de discípulos, etc. Pero en el fondo del espíritu sólo hay una relación verdadera que cualquier hombre, mujer o niño puede tener, y es con Dios. Debemos vivir esta vida para establecer esa relación con Dios, y luego construir nuestras vidas sobre ella. Cualquier otra conexión y relación –*grupo, club, sociedad, membresía, empleador, familia*– es un distante segundo lugar, en un nivel completamente diferente. Estos nunca deben competir o confundirse con nuestra lealtad a Jesucristo.

Cuando le preguntaron a Jesús cuál era el mayor mandamiento, dijo:

‘Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu ser y con toda tu mente. Este es el primero y el más importante de los mandamientos’ (Mateo 22:37-38 NVI)

En esta vida, incluso cuando formamos parte de un ‘buen’ grupo de amigos, nación o

¹ Marcos 6:1-5; Juan 7:1-5

ejército, nuestro corazón puede hundirse de repente y sentir que estamos solos. Podemos sentir que esta causa o grupo con el que estamos comprometidos, del que formamos parte, no es 'real'. Puede que la gente se aleje, que el celo y la causa se desvanezcan. Los lazos y el entusiasmo ya no son lo que eran o parecían ser. Nos sentimos solos.

Hay una verdad en esto que todos necesitamos sentir. No existe ninguna causa, ciudadanía o afiliación que sea *verdaderamente* real. Son sistemas que fabricamos aquí por el bien de la supervivencia, del placer y la prosperidad. Pero están limitados por el tiempo, por la tierra, por las personas. No son eternos. Creo que esta es la 'sensación' que tenemos cuando vemos edificios o negocios abandonados; a veces incluso ciudades abandonadas. Vemos las causas y temporadas de esta vida, limitadas en el tiempo. Pasan.

'Jesús dijo, '¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?'' (Marcos 8:36 RVR1960)

Debemos parar y decir, ***'Enséñanos a contar bien nuestros días.'*** (Salmos 90:12 NVI)

Y reflexionar sobre las palabras de Salomón:

'Acuérdate de tu Creador antes de que vuelva el polvo a la tierra, como antes fue, y el espíritu a Dios, que es quien lo dio.' (Eclesiastés 12:1,7 NVI)

Sobre este telón de fondo de lo ‘temporal’, de lo finito, ¡he aquí la buena nueva, la *gran* noticia! He aquí lo que Dios ha hecho por nosotros para que podamos conocer la verdadera relación con otras personas, y experimentar la verdadera unión ahora y siempre...

Vuelve al versículo inicial de este capítulo, el nombre del Señor es la torre fuerte, el lugar seguro. Ahí es donde debemos empezar y luego construir.

Así que Jesús –‘*Dios con nosotros*¹ – vino y, a través de la más espiritual de las historias –Su muerte y resurrección– devolvió nuestros espíritus a la relación con Dios eterno. ¡Volvemos a la vida! Dios –el eterno, puro y verdadero– corre ahora por nuestras venas.

‘El que se une al Señor se hace uno con él en espíritu.’ (1 Corintios 6:17 NVI)

El nombre de Jesús es nuestra torre fuerte –Su verdadera persona, Su presencia, Su Espíritu. Hemos creído en Él, Él es nuestra ‘*puerta*², y nuestras vidas están seguras en Su reino. Nuestro espíritu está ahora unido a Su Espíritu. Somos eternos.

‘Jesús dijo, ‘El que cree en mí vivirá aun después de haber muerto’” (Juan 11:25-26 NTV)

¹ Isaías 7:14, Mateo 1:23

² Juan 10:9

Con el Espíritu de Dios en el nuestro, tenemos una relación verdadera y pura con Dios, y podemos experimentar relaciones 'verdaderas' con las personas. Reconocemos que están hechas a imagen de Dios, vemos que pueden vivir para siempre, si eligen a Cristo. Sabemos que la voluntad de Dios es unirse con todos, y nos relacionamos con la gente con este objetivo final a la vista, en espíritu.¹

¡Esto lo cambia todo! Podemos empezar, con nuestros hermanos y hermanas en Jesús, a construir relaciones que irán más allá de la tumba. Podemos unirnos para edificar el Reino de Dios, y alcanzar a la gente para Jesús, no sólo con propósitos 'terrenales', sino eternos. Y podemos soñar. Soñar con estas relaciones y con otras que serán perfectas cuando lleguemos al cielo. *Perfectas*. No más malentendidos, no más decepción o celos (*sí, incluso con la familia, biológica y espiritual*), no más límites y protocolos complejos. Sólo un 'hogar' perfecto. Tu verdadero hogar.

‘Jesús dijo, ‘alégrense de que sus nombres están escritos en el cielo.’

(Lucas 10:20 NVI)

Así que, tengas o no experiencia de 'hogar' aquí en la tierra (un lugar seguro, relaciones seguras) en Jesús tendrás ese hogar perfecto en el cielo. Sí, puede empezar ahora con Jesús en tu corazón, Dios en tu espíritu, y relaciones y propósitos construidos sobre Él. Pero incluso

¹ Génesis 1:27; 2 Pedro 3:9, 1 Timoteo 2:4; Mateo 18:14

en Jesús aquí en la tierra, en las relaciones cristianas y en las actividades cristianas, nuestra esperanza está guardada para nosotros en el cielo: **‘...una herencia indestructible, incontaminada e inmarchitable. Tal herencia está reservada en el cielo para ustedes.’** (1 Pedro 1:4 NVI)

Así que sí, con Cristo en nuestro corazón estamos en la **‘torre fuerte’** de Dios. De hecho, se nos dice que estamos **‘escondidos con Cristo en Dios’** (Colosenses 3:3), así que vivimos la vida con este Espíritu de Dios en nosotros y a través de nosotros. Sin embargo, nuestro ‘verdadero hogar’ –el cielo mismo– ¡será superior! Será puro hasta la médula, imperecedero, sempiterno, gozo y paz.

El cielo es nuestro verdadero hogar.

4. Legado

La educación de cada persona tiene un fuerte impacto.

Recuerdo que un día, de adolescente, me quejaba a mi madre por algo relacionado con mi padre. Ella me dijo: *'Bueno, si superas a tu padre tanto como él superó al suyo, ¡serás un buen padre!'*

Mi padre recibió muy poco afecto del suyo, que sólo lo conoció después de servir dos años en la Segunda Guerra Mundial. También me pregunto por mi abuelo. ¿Cuál fue su experiencia con la familia, la provisión, la protección, la afirmación y el estímulo?

Tuve una buena educación. Mis padres eran personas de fe sincera, y mostraban afecto, nos afirmaban. Ahora, como padre, me encuentro en gran medida imitando lo que viví. Puedo hacerlo porque lo que se me dio y modeló fue bueno, así que puedo transmitirlo.

Ese no fue el caso de mi padre. No tuvo el modelo, las experiencias. Tuvo que aprender, creer y esforzarse por implementar, por crear, una nueva 'realidad' para sus hijos, un nuevo legado, por así decirlo.

¿Puede ser esta tu historia? Quizá tuviste una infancia que no te dio las herramientas verdaderas, familiares y de crianza, que necesitas, que crees que son buenas. Puede que tengas que buscar ejemplos, enseñanzas,

modelos, en otra parte.

Admiro a las personas que crean mejores caminos que los que experimentaron. Los admiro profundamente. Abren nuevos caminos, no se limitan a recorrer los antiguos.

El concepto de 'hogar', para uno mismo o para la familia, es especialmente profundo. ¿Por qué? Porque la experiencia del 'hogar' aquí en la Tierra es, en cierto sentido, aquello por lo que todos vivimos, trabajamos, construimos y nos sacrificamos. Es nuestro lugar seguro, cálido, donde colgamos el abrigo y comemos del fruto de nuestro trabajo. Descansamos.

Dios trabajó seis días y descansó el séptimo. Después de cada día, contemplaba Su trabajo. Disfrutaba viendo lo que había terminado.

Recordar nuestra labor del día, descansar y comer del fruto de nuestro trabajo, esto es 'hogar'. Debe ser un espacio seguro, un lugar donde descansemos.

'procurar vivir en paz con todos, a ocuparse de sus propias responsabilidades y a trabajar con sus propias manos. Así les he mandado, para que por su modo de vivir se ganen el respeto de los que no son creyentes, y no tengan que depender de nadie.' (1 Tesalonicenses 4:11-12 NVI)

Escucha, vuelvo a decir que cada experiencia hogareña que creamos aquí en la tierra es,

en el mejor de los casos, una metáfora de lo que será el cielo, en el peor, una falsa impresión. Hay muchas personas –yo diría que la mayoría– que no tienen un ‘legado’ de hogar que se parezca a lo que quieren, a lo que creen, a lo que anhelan para sí mismos y para sus seres queridos. Vivimos en un mundo roto, plagado de dolor y pecado, y muy pocos de nosotros podemos crear siquiera un pequeño espacio de paz por encima de la rutina diaria para sobrevivir.

Nadie debería sentirse mal si no puede alcanzar aquí en la tierra una vida hogareña, o un ‘legado’ del que se sienta orgulloso. Jesús no nos promete eso. Por eso es tan buena la noticia de Cristo. Dijo que eran buenas noticias para los pobres¹. ¿Por qué? Porque después de esta vida tan corta, ya no serán pobres. De hecho, los pobres de la tierra, los ‘últimos’, serán los primeros en el cielo.

‘Los últimos serán primeros.’ (Mateo 20:16 NVI)

Nuestro hogar en el cielo es una buena noticia porque la mayoría no tendrá, no puede tener, un gran hogar aquí en la tierra. Y Cristo prometió que nos está haciendo un hogar en el cielo, y que debemos alegrarnos porque nuestros nombres están escritos allí. Muy pronto, cada uno de nosotros, pobres o ricos, nos encontraremos con nuestro Creador y cruzaremos las puertas de nuestro hogar eterno, nuestro verdadero hogar

¹ Lucas 4:18

‘No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.’ (Mateo 6:19-21 NVI)

Por todos los medios, disfruta de los buenos regalos que te da el Padre. Construye un hogar y dale gracias a Jesús por él. Encomiéndalo al Señor, y deja que Su paz lo llene. Pero no te aferres a él. Guarda para ti tesoros –*herencia, legado*– en el cielo. Lo que construyas allí nunca se pudrirá, decaerá, perderá valor, necesitará reparación, causará divisiones, etc..

‘A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inseguras, sino en Dios, que nos provee de todo en abundancia para que lo disfrutemos. Mándales que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, y generosos, dispuestos a compartir lo que tienen. De este modo atesorarán para sí un seguro caudal para el futuro y obtendrán la vida verdadera.’ (1 Timoteo 6:17-19 NVI)

5. Todas las Cosas Nuevas

Jesús es el dueño del mundo. Él va a restaurarlo por completo, y algún día volverá y lo tomará.

Es importante entender, sin embargo, que hasta que llegue ese día final, Jesús está *más* preocupado por el corazón y el alma del individuo. No le preocupan los ladrillos y el cemento, sino el espíritu y la vida.

‘Jesús dijo, ‘No van a decir: “¡Mírenlo acá! ¡Mírenlo allá!” Dense cuenta de que el reino de Dios está entre ustedes’’. (Lucas 17:21 NVI)

Me encanta cuando veo el edificio de una iglesia o alguna estructura que es para Cristo y hace Su obra. Veo que el Reino está avanzando, que se está ganando terreno. Hay algo de verdad en esto, pero sólo es una ‘metáfora’. Dios busca el corazón del individuo. Si Dios utiliza un edificio para llegar a más corazones con el evangelio de Jesús, entonces es una estructura útil. Pero los corazones de las personas son las verdaderas ‘piedras’ del edificio eterno, la verdadera iglesia. No los ladrillos que vemos, sino las almas de las personas.

‘Por lo tanto, ustedes ya no son extraños ni extranjeros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, siendo Cristo Jesús mismo la piedra angular. En él todo el edificio, bien armado, se va levantando para

llegar a ser un templo santo en el Señor. En él también ustedes son edificados juntamente para ser morada de Dios por su Espíritu (Efesios 2:19-22 NVI)

Jesús es la ***'piedra viva'***, y nosotros también somos ***'como piedras vivas'*** (1 Pedro 2:4-5). Aquí y ahora, el reino de Dios se construye con almas, no con ladrillos.

También me desanimó un poco cuando veo una iglesia vieja y abandonada, o un ministerio cristiano en ruinas y cerrado. Pero, repito, la iglesia y el ministerio nunca tuvieron que ver con los edificios, las propiedades. El Reino sólo avanza en la medida en que se llega a los corazones y a las almas a través de las puertas de estos lugares.

'El Espíritu da vida; la carne no vale para nada. Las palabras que les he hablado son espíritu y son vida.' (Juan 6:63 NVI)

Ahora bien, podemos y debemos animarnos cuando vemos este mundo invadido, por así decirlo, cambiado, a partir de la revelación de Jesucristo. Cuando vemos que se hace verdadera justicia, que se desenmascara el mal y se protege la bondad, ¡es una bendición de Dios! Cuando se promulgan leyes que protegen a los inocentes y reflejan sabiduría, equidad, misericordia y libertad para adorar a Dios, 'el cielo descende', ¡y podemos alegrarnos!

Jesús nos enseñó a orar para que se haga Su voluntad en la tierra como en el cielo.¹

¹ Mateo 6:9-13

Debemos recordar que la voluntad de Dios a este lado de la gloria es un corazón rendido ante Jesús. Desea un cambio interno. Dios se deleita en el corazón, un corazón unido a Él mediante el arrepentimiento y la fe. Aquí se conecta lo eterno. Aquí ocurre la salvación, de modo que cuando este cuerpo finalmente muera y se descomponga, ese espíritu será revestido de un cuerpo nuevo y eterno, en un Reino que nunca se marchita, estropea ni decae.

Sí, Jesús está **'haciendo nuevas todas las cosas'**. Él mismo lo dijo¹. Y cuando veamos que Su voluntad, Su nombre, irrumpe en la tierra como en el cielo, hay que celebrarlo. Pero no debemos distraernos con metáforas y perder de vista nuestro **'primer amor'**², que es espíritu y verdad.

Jesús dijo que buscaba fieles en **'espíritu y verdad'**³, no personas vestidas de domingo en un edificio. Él mira el corazón.

'La gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón.' (1 Samuel 16:7 NVI)

Podemos sentirnos alentados cuando vemos que se levantan estructuras aquí en la tierra: iglesias, ministerios y todas las cosas buenas y verdaderas. Pero siempre debemos recordar e invertir en el alma, el corazón, el espíritu del individuo. El reino de Dios está en el corazón de una persona.

¹ Apocalipsis 21:5

² Apocalipsis 2:1-5

³ Juan 4:24

Jesús mismo se regocijó con los discípulos cuando le informaron de cosas que realmente sucedían y cambiaban por causa de la evangelización, incluyendo la expulsión de demonios. Pero les dijo, al hablar de las cosas que se pueden ver con los ojos: ***‘no se alegren de que puedan someter a los espíritus, sino alégrese de que sus nombres están escritos en el cielo.’*** (Lucas 10:20 NVI)

Jesús se alegró por ellos y con ellos, pero los devolvió a la visión eterna, a la esperanza definitiva, a ese futuro y ciudad que perdurarán.

‘Así que no nos fijamos en lo visible sino en lo invisible, ya que lo que se ve es pasajero, mientras que lo que no se ve es eterno.’ (2 Corintios 4:18 NVI)

6. **Tu Hogar Verdadero**

Cuando Jesús completó Su misión aquí en la tierra –*pagando por el pecado, derrotando a la muerte, caminando contigo y conmigo*– dijo:

‘Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra.’ (Mateo 28:18 NVI)

Jesús nos dejó claro Su plan en las Escrituras. Dijo que haría conocer Su nombre por todo el mundo, llamando a la gente al arrepentimiento y a la fe, y luego volvería a la tierra.

Vendrá en un momento de la historia, no cuando todos crean, sino cuando Su mensaje haya llegado a todo el mundo. Vendrá a través de las nubes y pondrá fin a la historia tal como la conocemos.¹

‘El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego los que estamos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire. Y así estaremos con el Señor para siempre.’
(1 Tesalonicenses 4:16-17 NVI)

Algunos describen nuestra vida aquí en la tierra

¹ Lucas 24:46-47, Mateo 24:30-42

con Jesús como **'Ya, pero todavía'**. Sí, podemos conocerle ahora y experimentar Su presencia ahora; podemos y debemos orar y trabajar para que Su reino esté aquí en la tierra como en el cielo. Estando aquí, traemos el cielo a la tierra.

Sin embargo, lo que nos espera –la experiencia plena del cielo, la vida eterna, la perfección y el gozo– ¡es mucho más! Abraham esperaba la ciudad con cimientos cuyo arquitecto y constructor es Dios. Aquí no tenemos una ciudad duradera, sino que esperamos la ciudad que vendrá. Se nos dice que fijemos nuestros ojos en lo que no se ve, en lo que es eterno. Se nos dice que Jesús mismo tenía un gozo ante sí, una meta por delante, que lo hizo soportar Su sufrimiento aquí en la tierra.¹

Traemos el cielo a la tierra mientras estamos aquí. Pero fijamos nuestra mirada en nuestro destino definitivo, nuestro verdadero hogar, que es el mismo cielo. Jesús dijo que iba a preparar ese lugar para nosotros y que volvería para llevarnos. Así de sencillo.

Termino con esta breve reflexión. Pienso en dos tipos de sanidad completa y poderosa en el cielo. Primero, ese bálsamo sanador que cae sobre las cicatrices del dolor que nos han hecho. Tu dolor ya no existirá, de hecho, nunca habrá sucedido. Ya no tratarás de pasar por encima de esas cicatrices, de olvidar, de procesar... No, tu dolor nunca habrá ocurrido

¹ Hebreos 12:1-2

y tendrás un nuevo nombre.

Segundo, habrá sanidad sobre nuestro arrepentimiento, nuestra pena, las cosas que hemos hecho y quisiéramos deshacer. Jesús no sólo murió para pagar por nuestro pecado, sino que se nos dice que **'se hizo pecado por nosotros'**¹. Cuando atravesemos la puerta de Cristo por fe, y luego, en última instancia, las puertas doradas del cielo, nunca habremos pecado. No recordaremos el dolor que causamos a otros, no nos arrepentiremos, no nos sentiremos culpables. Nunca habrá sucedido, y tendremos un nombre nuevo.

'A cada lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce cosechas al año, una por mes; y las hojas del árbol son para la salud de las naciones'. (Apocalipsis 22:2 NVI)

'Al que salga vencedor le daré del maná escondido, y le daré también una piedrecita blanca en la que está escrito un nombre nuevo que sólo conoce el que lo recibe.' (Apocalipsis 2:17 NVI)

¹ 2 Corintios 5:21

Gracias por tomar el tiempo para leer este libro. ¡Espero que te haya alentado!

Para más devocionales, videos y libros gratuitos, por favor, visita:

www.paraservirle.weebly.com

***'En la serenidad y la confianza está su
fuerza.'***
(Isaías 30:15)

Notas: